

mo.—Dios le trae á vd. aquí para iluminar su alma; vd. es uno de esos hombres de deseos y de buena voluntad que él necesita, como instrumentos, para las obras maravillosas que pronto va á consumir entre los hombres. —¿Cree vd. que ya haya llegado el reinado del Mesías?—He nacido cristiano, le dije; con esto le respondo á vd.—¿Cristiano! replicó frunciendo ligeramente el ceño;—yo tambien soy cristiana; pero el que vd. llama Cristo ¿no ha dicho:—“Yo os hablo todavía por parábolas, pero el que ha de venir despues de mí os hablará en espíritu y en verdad?”—¿Pues bien, ese es el que esperamos! ¿Ese es el Mesías que no ha venido aún, que no está léjos, que verémos con nuestros ojos, y para cuya venida todo se prepara en el mundo!—¿Qué responderá vd? ¿Y como podrá vd. negar ó retorcer las palabras mismas de su evangelio que acabo de citarle? ¿Qué motivos tiene vd. para creer en Cristo?

Permítame, vd., milady, repuse, que no entre con vd. en semejante discusion, en que tampoco entre con migo mismo.—Hay dos luces para el hombre; una que ilumina la mente, que está sujeta á la discusion, á la duda, y que muchas veces no conduce mas que al error y al estravío; otra que ilumina el corazon, y que nunca engaña, porque es justamente evidencia y conviccion, y para nosotros, míseros mortales, la verdad no es mas que una conviccion.

¡Dios solo posee la verdad de otro modo y como verdad; nosotros no la poseemos mas que como fé! —Yo creo en Cristo, porque ha traído á la tierra la doctrina mas santa, mas fecunda, y mas divina que ha derramado jamas su luz sobre la inteligencia humana.—Una doctrina tan celestial no puede ser el fruto de la ilusion y de la mentira. —Cristo lo ha dicho como lo dice la razon.—Las doctrinas se conocen por su moral, como el árbol por sus frutos; los frutos del cristianismo,—hablo de sus frutos venideros, mas aún que de sus frutos ya recogidos y corrompidos, son infinitos, perfectos y divinos;—luego la doctrina en sí misma es divina;—luego su Autor es un verbo divino, como él se llamaba á sí mismo. —He aquí por qué soy cristiano, he aquí toda mi controversia religiosa conmigo mismo; con los demas no tengo ninguna; no se le prueba al hombre sino lo que ya cree.—Pero en fin, repuso lady Ester, ¿encuentra vd el mundo social, político y religioso bien ordenado? ¿Y no sienten vd. lo que todos sienten, la falta, la necesidad de un revelador, de un redentor, del Mesías que aguardamos y que ya vemos en nuestros deseos?

—¡Oh! en cuanto á eso, le dije, esa es ya otra pregunta. Nadie mas que yo padece y gime oyendo el gemido universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades: nadie declara mas sin rehusos los enormes abusos sociales, políticos y re-

ligiosos; nadie desea ni espera mas un reparador de esos intolerables males de la humanidad; nadie está mas convencido de que ese reparador ha de ser necesariamente divino! — Si á esto llama vd. esperar un Mesías, le espero como vd., y mas que vd., suspiro por su prócsima aparicion; como vd., y mas que vd., veo en las vacilantes creencias del hombre, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de su corazon, en la depravacion de su estado social, en los repetidos sacudimientos de sus instituciones políticas, todos los síntomas de un trastorno, y por consiguiente de una cercana é inminente renovacion. Creo que Dios se manifiesta siempre en el momento preciso en que todo lo que es humano es insuficiente, en que el hombre confiesa que nada puede para sí mismo. A esa situacion ha llegado el mundo; creo, pues, en un Mesías cercano á nuestra época; pero en ese Mesías no veo á Cristo, que nada mas tiene que darnos en punto à virtud y verdad; veo al que Cristo ha anunciado que vendrá despues de él,— á ese Espíritu santo, siempre en accion, siempre asistiendo al hombre, siempre revelándole, segun el tiempo y las necesidades, lo que debe hacer y saber.—Que ese espíritu divino se encarne en un hombre ó en una doctrina, en un hecho, ó en una idea, poco importa; siempre es él; hombre ó doctrina, hecho ó idea, espero en él y le aguardo, y mas que vd., milady, le invoco! Ya ve

vd. que podemos entendernos, y que nuestras estrellas no son tan divergentes como ha podido hacérselo á vd. creer esta conversacion.

Sonrióse oyendo esto, y sus ojos, á veces algo sombríos miétras me oía confesarle mi racionalismo cristiano, se iluminaron con una ternura de mirada y una luz casi sobrenatural.

—Crea vd. lo que quiera, me dijo, no por eso deja vd. de ser uno de aquellos hombres que yo esperaba, que la Providencia me envia, y que tienen una gran parte de trabajo reservado en la obra que se prepara: pronto volverá vd. á Europa; la Europa acabó; la Francia solo tiene una gran mision que cumplir aún; vd. tendrá parte en ella, no sé todavía cómo, pero puedo decírselo á vd. esta noche, cuando haya consultado sus estrellas.

—Todavía no sé los nombres de todas; ahora veo mas de tres; cuatro distingo, acaso cinco, y, ¿qué sé yo? mas aún. Una de ellas es seguramente Mercurio, que da la claridad y el color á la inteligencia y à la palabra: vd. debe ser poeta: eso se lee en sus ojos de vd. y en la parte superior de su rostro; mas abajo, está vd. bajo el imperio de astros enteramente diferentes, casi opuestos; hay una influencia de energía y de accion; tambien hay algo de sol, añadió de repente, en la postura de su cabeza de vd. y en el modo como la inclina vd. sobre el hombro izquierdo.—Dé vd. gracias á Dios; hay po-

cos hombres que hayan nacido bajo mas de una estrella, pocos cuya estrella sea próspera, ménos aún, cuya estrella, aunque sea favorable, no esté equilibrada por el influjo maligno de una estrella opuesta: vd., por lo contrario, tiene muchas y todas están en armonía para servirle, y todas se ayudan entre sí en su favor. ¿Cuál es su nombre de vd.?—Se lo dije.—¡Nunca le habia oído (1)! repuso con el acento de la verdad.

—Hé ahí, milady, lo que es la gloria.—He compuesto algunos versos en mi vida que han hecho repetir un millon de veces mi nombre por todos los ecos literarios de Europa; pero ese eco es demasiado débil para atravesar sus mares y sus montañas de vd., y aquí soy un hombre enteramente nuevo, un hombre completamente desconocido, un nombre nunca pronunciado! Eso mismo me hace mas lisonjera la benevolencia que vd. me prodiga, pues no la debo mas que á vd. y á mí.

—Sí, me dijo, poeta ó no, vd. me es simpático y espero en vd.: ¡nos volverémos à ver, esté vd. seguro! Usted regresará al Occidente; pero no tardará mucho en volver á Oriente: esta es su patria de vd.

(1) Sin embargo, la carta que le escribió el autor, probablemente iria firmada. A la cñenta lady Ester, que, á lo que parece, estaba algo tocada de la cabeza, lo habria olvidado.—N. del T.

—Es á lo ménos, le dije, la patria de mi imaginacion.—No se ria vd., repuso; esta es la verdadera patria de vd., la patria de sus padres. Ahora estoy segura de ello; mire vd. su pié.—No veo en él, le dije, mas que el polvo de los senderos, que le cubre, y de que me avergonzaria en un salon de Europa.—No, no es eso, prosiguió:—mire vd. su pié:—ni yo mismo lo habia reparado.—Mire vd.: el empeine es muy elevado, y cuando el pié está posado en el suelo, deja entre el talon y los dedos un espacio suficiente para que pase el agua por él sin mojarle.—Ese es el pié del àrabe, el pié del Oriente; vd. es un hijo de estos climas, y ya está cercano el dia en que cada cual volverà á la tierra de sus padres.—Nos volveremos á ver.—Entre entonces un esclavo negro, y postrándose delante de ella, la frente sobre la alfombra y las manos sobre la cabeza, le dijo algunas palabras en àrabe.—Vaya vd., me dijo; ya está dispuesta la comida; coma vd. aprisa y vuelva pronto; voy á ocuparme en vd. y á ver mas claro en la confusion de mis ideas acerca de su persona y su porvenir de vd. Yo nunca como con nadie; vivo muy sóbriamente; pan y un poco de fruta, á las horas en que se deja sentir la necesidad, me bastan, y no debo poner á un huésped á mi régimen.—Condujéronme á una glorietta de jazmin y adelfa, á la puerta de sus jardines, donde estaba puesta una mesa para M. de Parceval y para mí, comimos muy aprisa, pero la-

dy Ester no esperó á que acabáramos, y envió á Leonardi á decirme que me aguardaba.—Acudí al instante y la encontré fumando una larga pipa oriental; me hizo traer otra. Ya estaba yo acostumbrado á ver fumar á las mugeres mas elegantes y hermosas del Oriente, y no me chocaban en manera alguna aquella graciosa é indolente actitud, ni aquel aromático humo que se ecshala en leves columnas de los labios de una hermosa, interrumpiendo la conversacion sin enfriarla.—Mucho tiempo hablamos así sobre el asunto favorito, sobre el tema único y misterioso de aquella muger extraordinaria, moderna maga, que recuerda enteramente las famosas magas de la antigüedad.—Circe de los desiertos.

Parecióme que las doctrinas religiosas de lady Ester eran una mezcla hábil, aunque confusa, de las diferentes religiones en medio de las cuales se ha condenado á vivir; misteriosa como los drusos, cuyo secreto místico ella sola acaso conoce en el mundo; resignada como el musulman, y fatalista como él; con el judío, aguardando el Mesías, y con el cristiano, profesando la adoracion de Cristo y la práctica de su caritativa moral. Añádase á esto los colores fantásticos y los sueños sobrenaturales de una imaginacion teñida de Oriente y acalorada por la soledad y la meditacion, algunas revelaciones, tal vez, de los astrólogos arabes, y se formará

una idea de aquel singular y sublime compuesto, que es mas cómodo llamar locura, que analizar y comprender.—No, esta muger no está loca.—La locura, que se escribe en caracteres harto evidentes en los ojos, no está escrita en su hermosa y recta mirada; la locura, que se revela siempre en la conversacion, cuyo hilo corta siempre con arranques bruscos, desordenados, escétricos, no se percibe ni aun remotamente en la conversacion elevada, mística, nebulosa, pero sostenida, lógica y vigorosa de lady Ester.—Si yo hubiera de pronunciar un juicio, diria mas bien que es una locura voluntaria, estudiada, que se conoce á sí misma, y que tiene sus razones para parecer locura.—La poderosa admiracion que su genio ha ejercido y ejerce todavía sobre las poblaciones árabes que rodean las montañas, prueba suficientemente que esa supuesta locura no es mas que un medio. Los hombres de esta tierra de prodigios, estos hombres de las rocas y de los desiertos; cuya imaginacion es mas colorada y brumosa que el horizonte de sus arenales ó de sus mares, necesitan la palabra de Mahoma ó de lady Stanhope! ¡Necesitan el comercio de los astros, las profecías, los milagros, la segunda vista del genio!—Lady Stanhope ha comprendido, primeramente por la alta capacidad de su inteligencia verdaderamente superior; luego, tal vez, como todos los séres dotados de vastas facultades intelectuales, ha acabado por seducirse así misma, y por

ser la primera neófita del símbolo que se había creado para otros.

Tal es el efecto que esta muger ha producido sobre mí; no se la puede juzgar ni clasificar con una sola palabra; es una estatua de inmensas dimensiones que no se puede juzgar mas que desde su punto de vista.—No me sorprenderia que algun dia, no lejano, realizase una parte del destino que se promete á sí mismo, un imperio en la Arabia, un trono en Jerusalem!—La menor conmocion política, en la region del Oriente que habita, podria elevarla hasta ese grado.—No tengo sobre ese punto, le dije, mas que una reconvenccion que hacer á su genio de vd., y es la de haber sido demasiado tímida con los sucesos y no haber empujado, bastante á su fortuna hasta donde podia conducir-la.—Vd. habla, me respondió, como un hombre que cree todavía demasiado en la voluntad humana, y no bastante en el irresistible imperio del destino solo; mi fuerza reside solo en él. Yo le espero, no le llamo; voy envejeciendo, mi caudal ha disminuido mucho, ahora me hallo sola y abandonada á mí misma sobre esta roca desierta, espuesta á ser presa del primer atrevido que quisiera forzar mis pueras, rodeada de un puñado de criados infieles y de esclavos ingratos que me despojan todos los dias, y à veces amenazan mi vida; no hace mucho que se la debí á este puñal, del que tuve que servirme para defender mi pecho de un esclavo

negro á quien he criado! Pues bien, en medio de todas estas tribulaciones, soy feliz; á todo respondo con la palabra sagrada de los musulmanes: ¡Alá Kenin! ¡la voluntad de Dios! y aguardo con confianza el porvenir de que le he hablado á vd., y del que quisiera inspirarle la certidumbre que debe vd. tener.

Despues de haber fumado varias pipas y tomado varias tazas de café que nos traian los esclavos negros de cuarto en cuarto de hora:—Venga vd., me dijo, que quiero llevarle á un santuario donde no dejo penetrar á ningun profano; hablo de mi jardin.—Llegamos á él bajando unos escalones, y recorrí con ella, verdaderamente encantado, uno de los mas hermosos jardines turcos que he visto todavía en Oriente.—Sombríos emparrados cuyas bóvedas de verdura sostenian, como millares de arañas, las espléndidas uvas de la tierra prometida; kioskos en que los arabescos esculpidos se entrelazaban con los jazmines y las plantas rastreras enredaderas del Asia; estanques adonde un agua artificial, es cierto, iba desde una legua á murmurar y á alzarse en los caños de mármol; calles de arena ribeteadas de todos los árboles frutales de Inglaterra, de Europa, de aquellos hermosos climas; verdes praderas sembradas de arbustos, y de compartimentos de tiestos de mármol cubiertos de flores nuevas para mis ojos:—tal era aquel jardin. Sentámonos en varios de los kioskos que le ador-

nan, y nunca la inagotable conversacion de lady Ester perdió el tono místico y la elevacion de argumento que habia tenido por la mañana.

Una vez que el hado, me dijo en fin, le ha enviado á vd. aquí, y que una simpatía tan admirable entre nuestros astros me permite confiarle á vd. lo que ocultaria á tantos profanos, venga vd., que quiero hacerle ver con sus ojos un prodigio de la naturaleza, cuyo destino solo es conocido de mí y de mis adeptos;—las profecías del Oriente le habian anunciado hace muchos siglos, y vd. mismo va á juzgar si se han cumplido esas profecías.—Abrió, esto diciendo, una puerta del jardin que daba sobre un pequeño patio interior donde ví dos magníficas yeguas árabes de primera raza y de una rara perfeccion de formas.—Acérquese vd., me dijo y mire esa yegua baya; vea si la naturaleza no ha consumado en ella todo lo que está escrito acerca de la yegua que ha de llevar sobre sus lomos al Mesías:—nacerá ensillada.

Ví en efecto en aquel hermoso bruto un capricho de la naturaleza bastante singular para fomentar la ilusion de una credulidad vulgar entre pueblos semi-bárbaros:—La yegua tenia entre los cuartos delantero y trasero una cavidad tan espaciosa, y que imitaban tan perfectamente la forma de una silla turca, que se podia decir con verdad que habia nacido ensillada, y salvo la falta de los estribos, se la podia en efecto montar sin que necesita-

se una silla artificial:—aquella yegua bellísima por todo lo demas, parecia acostumbrada á la admiracion y al respeto que le manifestaba lady Stanhope y sus esclavos, y presentir la dignidad de su futura mision; nadie la ha montado nunca, y dos palafreneros árabes la cuidan y la vigilan constantemente, sin perderla de vista un solo instante. Otra yegua blanca, y en mi concepto infinitamente mas hermosa, divide, con la yegua del Mesías, el respeto y los cuidados de lady Stanhope; nadie la ha montado tampoco. Lady Ester no me dijo, pero me dió á entender que, aunque el destino de la yegua blanca era ménos santo, tenia tambien sin embargo un destino misterioso é importante, y creí comprender que lady Stanhope la reservaba para montarla ella el dia en que efectuase su entrada, al lado del Mesías, en la Jerusalem reconquistada. Despues de haber hecho pasear un rato aquellos dos hermosos animales por un prado fuera del recinto de la fortaleza, y gozado de la admirable flecsibilidad y gracia de sus movimientos, volvimos al jardin, y reiteré á lady Ester mis instancias para que me permitiese, en fin, presentarle á M. de Parseval, mi amigo y mi compañero de viage, que me habia seguido, á pesar mio, á su casa, y que me esperaba en vano desde por la mañana, un favor de que estaba tan deseoso.—Consintió al cabo en ello, y los tres pasamos juntos la tarde y parte de la noche en el saloncito que ya